TOMO LXIX. Julio-Agosto, 1916. CUADERNOS I-II.

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES

I

NIEBLAS DE LA PRIMITIVA HISTORIA DE TOLEDO

Ciertamente que nebulosa es la historia prerromana de la vieja ciudad del Tajo, si nos atenemos á los datos que sus historiadores con tono vacilante y dubitable hasta ahora nos han dicho, llegando algunos en su credulidad fantástica é infantil hasta á referirnos consejas y leyendas fabulosas, rechazables á la luz de la más sana crítica.

Pero si nos atenemos á los testimonios mudos y elocuentes de los vestigios monumentales de ruinas de antiquísimas edificaciones, que yacen sepultadas unas y someras otras, dentro y fuera de la urbe, y los hacemos *hablar* sabiéndoles *preguntar*, es muy probable que nos *respondieran*, aunque con voz tenebrosa y poco perceptible, de qué manos proceden y qué objeto tuvieron, sirviéndonos así de oráculos conductores á las fuentes históricas de los primitivos tiempos de la región carpetana.

Es un punto incontrovertible, tanto de la historia mosaica como de la profana, que el origen de la humanidad estuvo en Asia; corroborado por la antropología, la etnografía, la filología y la arqueología, que todas contestes proclaman que la raza caucasiana fué la primitiva, y que desde las llanuras de la Mesopotamia y de la Siria se extendió por todo el orbe con movimiento uniformemente acelerado al empuje progresivo de tribus trashumantes.

Sí; comprobado está que los pueblos primitivos fueron nómadas, hasta que, multiplicándose y asociándose bajo autoridades y leyes patriarcales, para la defensa de sus intereses conculcados por otros pueblos, se vieron precisados á encerrarse dentro de recintos enriscados y murados para la seguridad de sus vidas y propiedades terruñas y semovientes, expuestas á la rapiña de otras tribus errantes y feroces. Tal fué el origen de las primitivas sociedades, agrupadas á las márgenes de los ríos y de los lagos (lacustres) ó en la cima de aisladas eminencias (castros), llamados más tarde en la lengua helénica *polis* y en la del latio *cívitas*, palabras ambas que significan asiento fijo de ciudadanos, ó pobladores. Así, pues, la fundación de las primitivas ciudades indican el tránsito de la vida nómada á la civil y política.

Daré de lado á la debatida y aún no aclarada cuestión de quiénes fueron los primeros habitantes de España, en la que vienen empeñados hace años antropólogos, geólogos y arqueólogos, porque los historiadores no tuvieron mejores fuentes que la tradicional de Josefo, que atribuye la población de nuestra península á Túbal, hijo de Japhet y nieto de Noé, pues éste es asunto de otro linaje diverso del que nos proponemos en este estudio. Admitamos como más verídico y comprobado que el origen de los pueblos españoles es el de los arios indo-escitas, en su ramificación de iberos, pueblos nómadas pastores y guerreros en su edad neolítica.

Y desde este importante punto de vista empecemos a considerar los orígenes de Toledo, en donde encontramos la prueba monumental prehistórica fijando nuestra mirada escrutadora: primero, en el cerro del Bú, en donde he tenido el honor de ser el primero en denunciar la existencia de un castro característico de la edad de piedra, como puede verse en el folleto que en 1905 publiqué con el título de *Excavaciones en el cerro del Bú;* en segundo lugar, en el cerro llamado *Peña del Moro*, donde aparece dicha peña, á pesar de su fisonomía de fenómeno de erosión, con un carácter de monumento megalítico, pues en la cima que la domina aparece una oquedad con su canal de desagüe; ejemplar de los altares de sacrificio de las víctimas que inmolándolas

ofrecían los hombres primitivos á sus númenes. Al pie de esta cima se halla perfectamente labrada y ahuecada otra peña, cuyo destino pudo muy bien ser el de un sepulcro de algún prócer ó héroe, ó bien de una piscina de abluciones ó purificaciones de sacerdotes y víctimas.

Dice á este propósito M. Julio Gaithabaud en su obra *Monumentos antiguos y modernos*, publicada en Madrid en 1845: «Con frecuencia fueron consagradas por el culto de los drúidas las rocas más ó menos voluminosas, ya adheridas naturalmente á la tierra, ya sueltas, plantadas por la mano del hombre ó de las erosiones. Sobre su cima una oquedad, con una canal de desagüe para los cruentos sacrificios.»

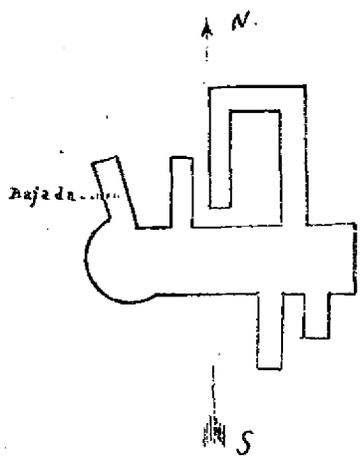
Y las sepulturas abiertas en la roca viva en donde se asienta el castillo de San Servando, ¿no acusan un origen al parecer ibérico? (1).

Otros monumentos existen inexplorados aún en Toledo, de carácter troglodita; y son, la famosa Cueva de Hércules y las de Higares; pues aunque de la primera se conocen exploraciones en 1546 de orden del Cardenal Siliceo, y en 1851 por una sociedad de eruditos, no dieron resultado alguno, porque ó el enrarecimiento del aire, ó el terror de la leyenda del rey Flavio Rodrigo, hicieron salir despavoridos á los exploradores. ¡Lástima que hoy, que está tan adelantada la espeolología, no se hiciera por sus denodados cultivadores un estudio profundo de la misteriosa cueva! Porque ella, desde su cavernosa obscuridad, nos daría mucha luz que proyectar sobre la protohistoria toledana, y daría al traste con la estupenda leyenda, en la que se han desacreditado historiadores tan sesudos como

(1) En unas excavaciones llevadas á cabo por mí, en unión de mi inolvidable amigo el laureado pintor D. Ricardo Arredondo, en el interior del castillo de San Servando, en busca de la comunicación subterránea (que dice el vulgo), lo que hallamos por todas partes fué la roca viva sin subterráneo alguno; pero, en cambio, encontramos multitud de sepulturas iguales á las que se ven en la parte de afuera del recinto al pie de la Torre del Homenaje, testificando todo ello la existencia probable de una necrópolis ibérica.

el conde de Mora, Lozano, Alcocer, Pisa, Mariana y otros (1).

El infatigable publicista toledano mi buen amigo D. Juan Moraleda Esteban, publicó en 1900, en el primer número del *Boletín de la Sociedad Arqueológica*, un artículo en el que daba conocimiento de la existencia de una caverna con galerías abiertas en la roca, en la calle de San Miguel, núm. 10, incluyendo un croquis de la misma, que por su planta se deduce es obra humana; que bien pudo ser una mina de fortificación, de explotación de piedra ó mansión troglodítica; ésto sólo una detenida exploración hecha por diligentes espeleólogos y arqueólogos, podría dilucidarlo.



(Croquis del Sr. Moraleda.)

TOLEDO. — Hipogeo de la casa núm. 10 de la calle de San Miguel.

Relacionando el estudio de estos antros toledanos con el de otras cuevas que existen en la provincia, como las de Almorox, Paredes de Escalona, La Estrella, el Castañar y del Santo Niño de La Guardia, y de muchos silos que existen en varios pueblos, todos con señales de haber sido habitados por trogloditas, nos abrirían el camino para llegar á un conocimiento cierto de la protohistoria carpetana. Estudio que aún está por hacer de una manera formal; pues sólo tenemos conjeturas poco fundadas, que no pueden llevarnos más que á hipótesis aventuradas ó temerarias.

Logrado que fuese este conocimiento por lo que *dijeran* esos

---

(1) El académico Sr. Mora, en sus *Leyendas españolas* publicadas en Londres en 1839, dice en tono de zumba á propósito de la leyenda de la Cueva de Hércules:

Hay un cierto escritor llamado *Mora* (*);
¡Qué genio! ¡Qué dicción tan noble y pura!
¡Qué hermosas tragaderas! ¡Cuál perora
Sobre la escena! ¡y cómo la asegura!
Lozano, otro que tal, no la desdora;
Pisa también entiende la diablura;
Bueno es *Castillo* y *Alcocer* no es rana.
¡Tú quoque! También, tú, *Padre Mariana!*

(*) El Conde de

inexplorados monumentos arcaicos, llegaríamos por felices corolarios á conocer también otro lapso ignorado: y es el paso de la transmisión evolutiva, la solución de continuidad que indudablemente se descubriera entre lo prehistórico y lo histórico, entre la vida del hombre agreste y selvático y la del civilizado; por la sucesión de las edades de piedra, de bronce, de hierro y de ciudadanía, hasta llegar á los primeros períodos de la historia escrita.

Así se disiparían las sombras que envuelven los orígenes de Toledo, con un bello amanecer en el campo de la historia de la humanidad; á la manera que amanece el día al principio con débil luz crepuscular, aumentada sucesivamente hasta llegar á los más brillantes esplendores.

***

Ignoramos cómo llegaron los aborígenes de Toledo hasta la época pelásgica, pero vestigios sospechosos existen de ella, como pasaré luego á indicar.

Volviendo los ojos hacia la primera historia escrita de nuestra España, vemos á los fenicios, que arribaron á nuestras costas, procedentes de las de la Siria; después de llevar su civilización á la Grecia, Etruria, Cerdeña, Córcega y Baleares; países todos en donde se encuentran restos de sus groseros é ingentes monumentos, á los que se han dado los nombres de pelásgicos, ciclópeos, lápitas, perrebeos y etruscos.

Como modelo indiscutible de ellos, tenemos á las murallas de Tarragona, que nos pueden servir de tipo de comparación.

Es cosa que está por averiguar en Arqueología, cuáles son las fronteras que separan á un estilo ó edad determinada, de las inmediatamente anterior y posterior á ella. Así, por ejemplo, no se puede deslindar en dónde termina lo ibérico y dónde comienza lo romano, y dónde termina éste y empieza lo visigótico (prescindiendo de la parte ornamental ó decorativa); puesto que en su manera de labrar las piedras y de colocarlas, unos siguen las reglas que sus antecesores les dejaban. Con todo, hay un detalle

y es que, generalmente, los prerromanos, con raras excepciones, no empleaban argamasa alguna en la unión de los sillares toscamente labrados, y los romanos los trababan con su famoso cemento, compuesto de cal, cuarzo ó lava molida y arcilla, siendo los sillares pequeños curiosamente pulimentados y con hoyos para enganchar los garfios con que los izaban.

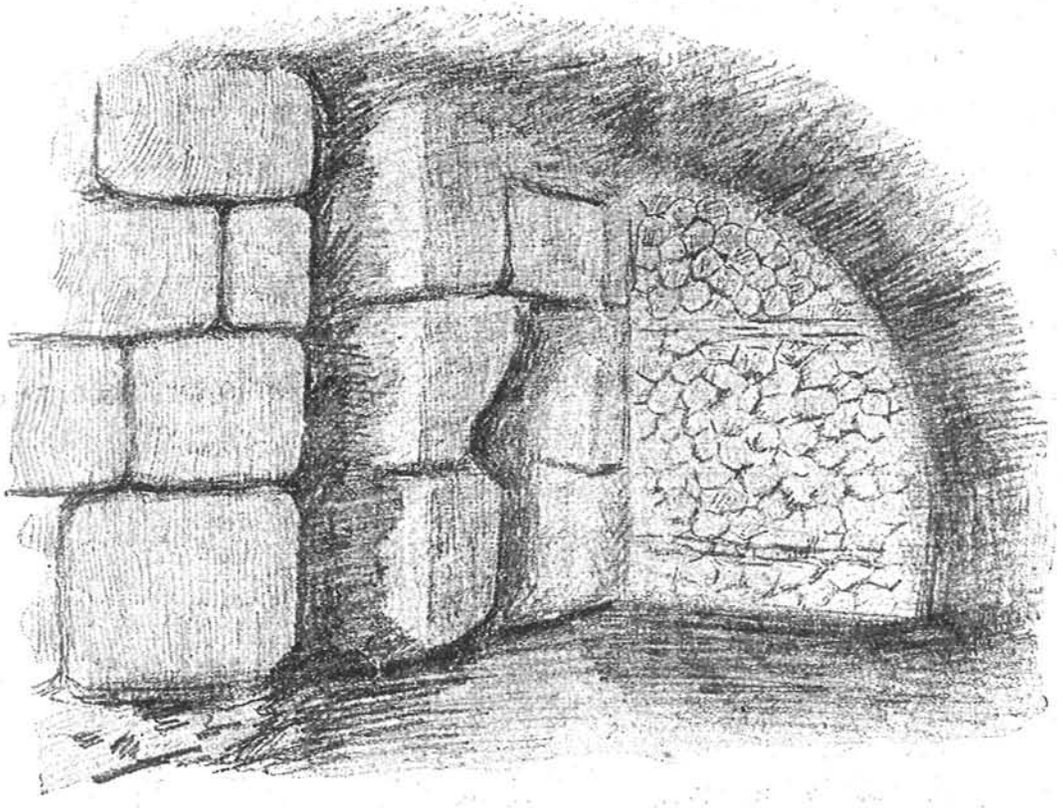
En Toledo, hasta ahora, lo que ha aparecido con carácter ciclópeo, ha sido muy poco; pero con esos escasos é indecisos despojos, es de esperar que los arqueólogos fijen las bases de lo que fué ó pudo ser la ciudad á la llegada de los romanos.

En el sótano de la calle de la Libertad, núm. 1, que fué de doña Sagrario Romanillos, existen restos de una muralla de enormes sillares de labor tosca, sin argamasa, con una puerta y una ventana cegadas, aquélla de 1,25 m., y ambas con dintel monolítico, cuya exploración tuve el gusto de hacer en unión de mi querido amigo y compañero el insigne arqueólogo D. Manuel González Simancas, el cual publicó el hallazgo, con dos fotograbados, en el núm. 2 del *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Toledo*, de 26 de Marzo de 1900, si bien los conceptuó como romanos, á pesar del carácter ciclópeo del muro y los huecos.

La puerta llamada de Doce Cantos, despojándola del arco y del antemuro sobrepuesto, que no es más que un informe amasijo de sillares y ladrillos aglomerados en el mayor desorden y como con precipitación para revestir el muro primitivo, y fijándonos tan sólo en la puerta interior, ¿no vemos en ella una erección monolítica muy parecida á las poternas de las murallas de Tarragona?

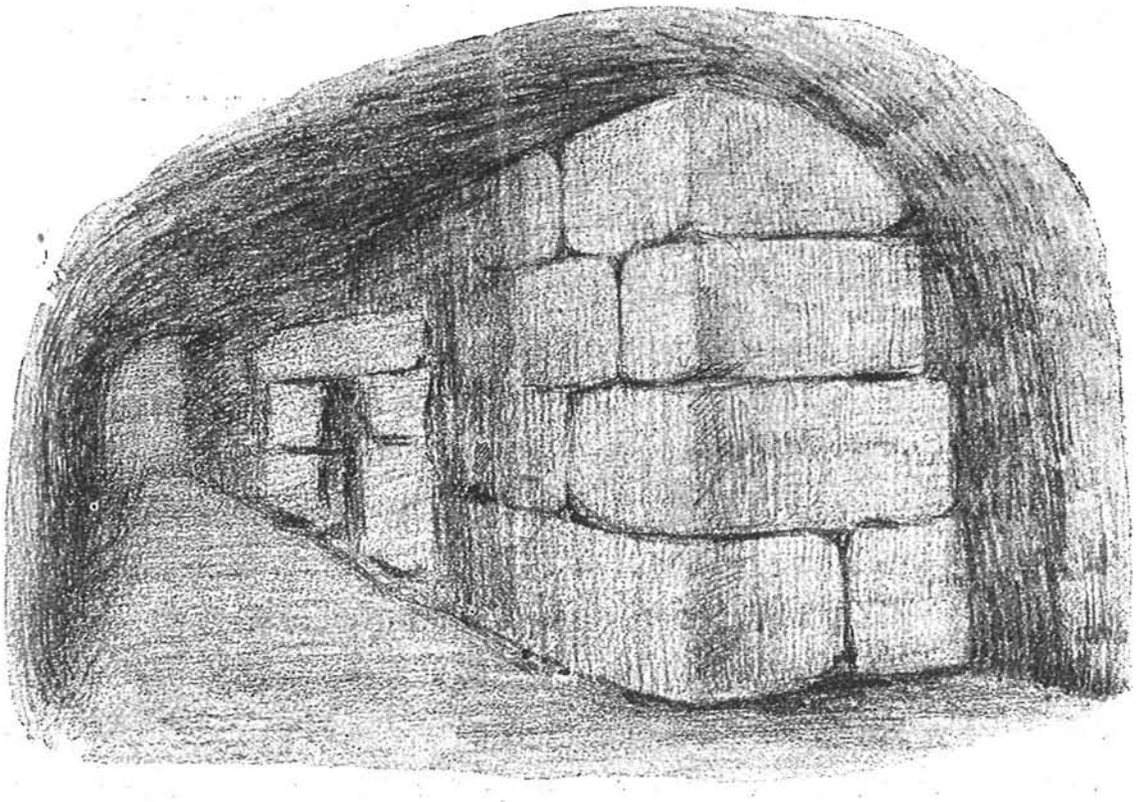
Hace pocos años, cuando D. José Benegas reedificó una casa en la calle del Comercio, ¿no pudieron ver todos los toledanos, al abrir los cimientos, unas hiladas de grandes sillares, base de un muro también de carácter ciclópeo? Y en otra casa edificada por el mismo señor en la calle de Belén, ¿no aparecieron asimismo cimentaciones idénticas?

Siendo comandante de Ingenieros de la plaza el difunto teniente coronel D. Víctor Hernández, y siendo yo capitán-profesor de la Academia general Militar, reventó el muro de conten-



(Dibujo del Sr. G. Simancas.)

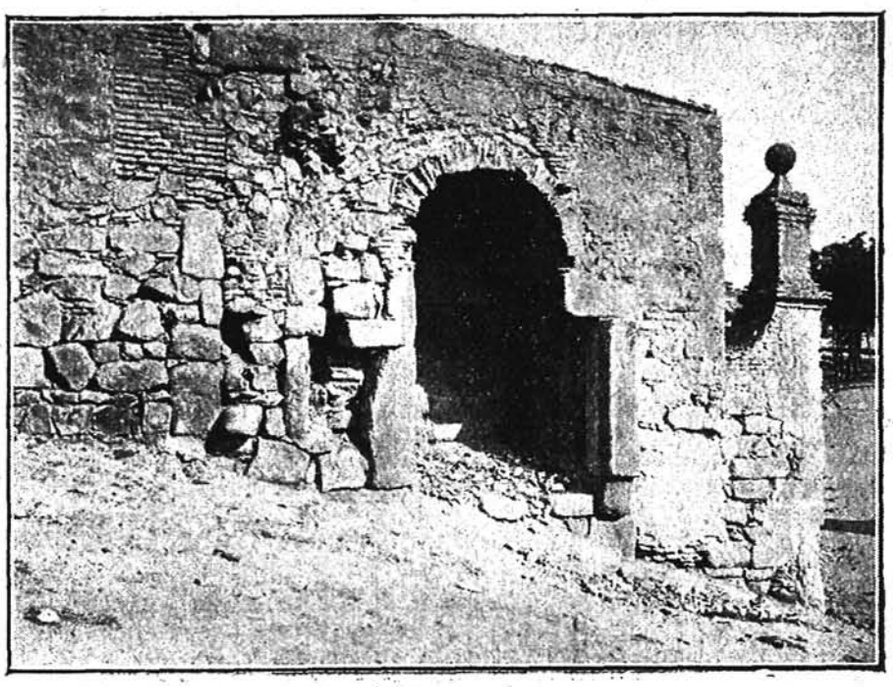
TOLEDO.—Restos de murallas ciclópeas en el sótano de la casa de la calle de la Libertad, núm. 1. Tramo SSO.



(Dibujo del Sr. G. Simancas.)

TOLEDO.—Restos de murallas ciclópeas en el sótano de la casa de la calle de la Libertad, núm. 1. Tramo NNE.

ción de la explanada oriental del Alcázar que da por encima del Picadero, y hubo necesidad de reconstruirlo de una manera más sólida y resistente á los empujes de las tierras. Al abrir la zanja para buscar el firme de los nuevos cimientos, aparecieron allá, á diez metros de profundidad, unos enormes sillares de grosera labra, superpuestos sin argamasa ni mortero alguno, encajados en la roca viva, alineados paralelamente, dejando una especie de canal entre ellos y orientados de E. á O., de lo cual certifico



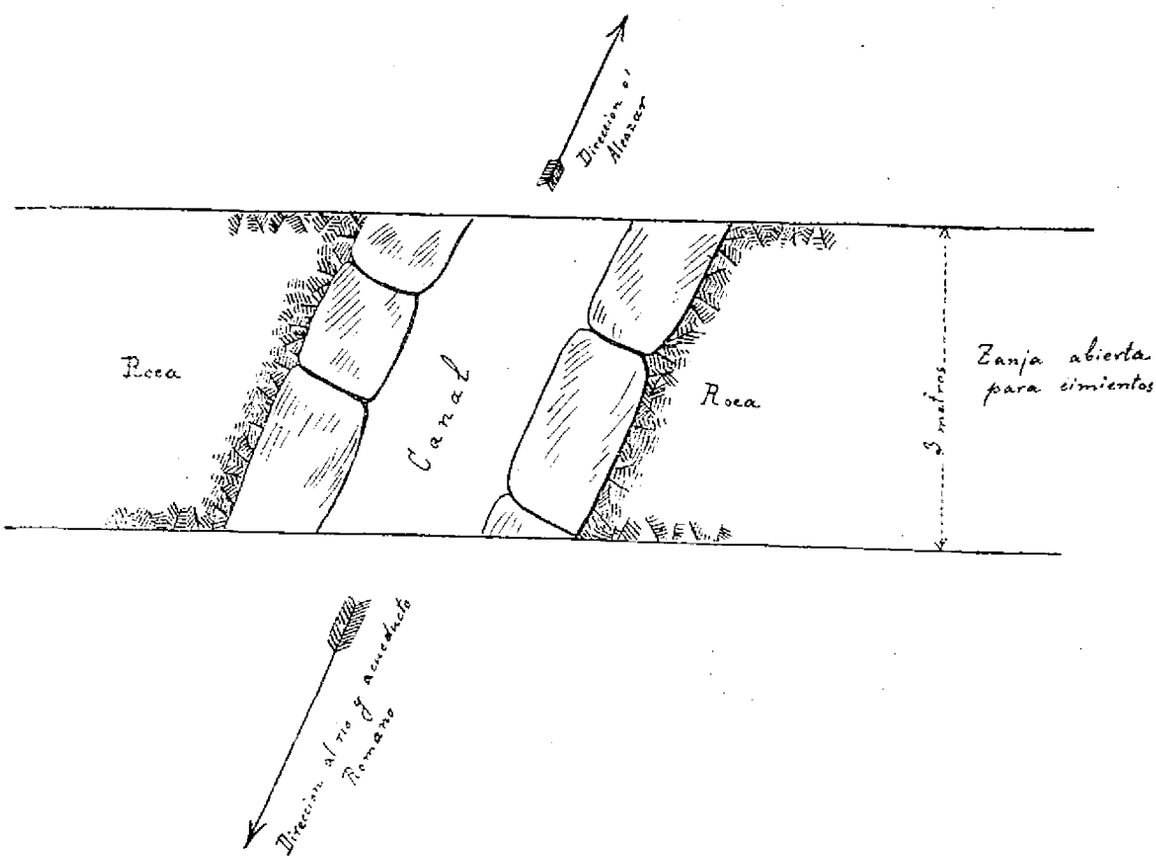
(Fot. de P. Román.)

TOLEDO.—Puerta de Doce Cantos.

como testigo presencial. De este hallazgo dió cuenta al eminente arqueólogo D. Rodrigo Amador de los Ríos mi estimado amigo el distinguido artista correspondiente de la Academia de San Fernando, D. Manuel Tovar, en forma de carta, que aquél inserta, en parte, en la nota de la página 184 del tomo de *Toledo*, de la aún no terminada obra titulada *Monumentos arquitectónicos de España*, publicado en 1905, cuyo fragmento copio: «Llegamos al fondo (de la zanja) y nos hallamos con unos sillares... colocados allí, sin argamasa, habiendo sido labrada la roca, perfectamente plana, para el asiento de los dichos sillares. Al encontrarme con que la dirección que parece llevar el muro de que son parte esos sillares es la de los restos del acueducto, estando en

prolongación de la línea que forman los dos puntos existentes, supuse que el muro, hallado á 9,50 m. de profundidad, correspondiese á la indicada construcción, pues aunque los sillares están mucho más altos que los restos del acueducto, si éste, como el de Segovia y los de Mérida tuvo una serie de arcos superpuestos, pudo aquél servir de estribo...»

Hace pocos días recibí contestación de mi amigo y compañero



TOLEDO.—Restos de muros ciclópeos yacentes bajo los cimientos del muro de contención de la explanada oriental del Alcázar (1).

D. Rafael Melendreras, actual teniente coronel de Ingenieros, jefe de la Comandancia, á quien pregunté si en su oficina se conservaba algún gráfico, plano ó apunte de dicha obra de cantería arcaica, diciéndome que no; y en un párrafo: «Con bastante posterioridad, según me refiere Tovar (que está presente), al reedificar la casa del Sr. Benegas, en la calle de la Plata, en la

(1) Este apunte está hecho de memoria por D. Manuel Tovar, y por consiguiente, sin escala; pero según yo recuerdo, los sillares son más voluminosos y la canal no tan ancha.

apertura de cimientos encontraron restos de construcción análoga, aunque tanto los sillares como la canal eran de menores dimensiones é indicaban ser un ramal de distribución del acueducto.»

Atendibles son las circunstancias apuntadas por el Sr. Tovar en ambos documentos de la orientación del muro del Alcázar, coincidente con la del acueducto y de la canal que tanto en éste como en el de la calle de la Plata tienen para aplicarles á ambos hallazgos el adjetivo *romano*, pero me caben dos dudas; una es: ¿cómo pudo tener el acueducto varios órdenes de arcos para llegar el agua desde el cigarral del Sr. Infantes hasta el Alcázar, que está más alto, contra las leyes de la hidrostática, y además no se conservan vestigios de estribos más que los que tiene á mitad de ladera del escarpado, que indican no llegaba el agua más que á la altura de la puerta de Doce Cantos? Si allí tuvo un arco ó depósito para subir el líquido al sitio en que hoy está el Alcázar, ¿de qué medios se valdrían?; pues los romanos no conocieron la máquina neumática y por ende ninguna especie de bomba aspirante é impelente, y en sus acueductos no buscaban más que el desnivel desde el alumbramiento al punto de llegada, que necesariamente debía estar más bajo. La segunda duda es: Si tanto el muro descubierto en el Alcázar como el descubierto en la calle de la Plata tienen esas canales para la conducción del agua, ¿cómo los sillares no tienen argamasa ni betún impermeable para impedir las filtraciones y escapes del líquido por las junturas?

Esas son concausas que inducen á creer que ninguna de ambas obras pudieran ser partes integrantes del acueducto romano, y que, sin embargo, no se les puede desechar su tipo ciclópeo. ¿Qué pudieron ser? No lo sabemos ni es fácil que nadie pueda llegar á descubrirlo con sólo esos elementos, mientras no se descubran otros más característicos.

Lo cierto es que existen esas reliquias, al parecer de fisonomía pelásgica, y que resumiéndolas nos indican hasta ahora, de una manera borrosa y esfumada, un perímetro de fortificaciones al unir mentalmente los puntos: puerta de Doce Cantos, Alcázar, calle de Belén, ídem de la Libertad, ídem del Comercio, San Miguel...

Los romanos se encontraron con una Toledo fuertemente defendida, que con gran trabajo pudieron expugnar, ciudad *pequeña y fuerte*, como la llamó el historiador Tito Livio (1).

El Sr. Amador de los Ríos, en su obra y página ya citadas, dice: «... de inferir es que en tiempo alguno dejaron de aprovechar los toledanos condiciones estratégicas tan superiores y que *antes*, por tanto, de que Cayo Fulvio Nobilior se apoderase de la ciudad, ya los valientes carpetanos habían por ventura levantado en este sitio del abrupto peñasco defensa conveniente cuyo temible aspecto dió á Tito Livio causa, entre otras, para ponderar, como lo hizo, la fortaleza de Toledo.»

Todos estos asertos documentales y lo que *dicen* esos sepultados restos de la Toledo prerromana, son indicios que nos hacen sospechar que allá en sus ignorados orígenes existieron arquitectos fenicios, etruscos ó helénicos que levantaron murallas ciclópeas, como las de Tarragona, y tal vez soberbios templos á sus divinidades; á cubierto de las cuales una vigorosa civilización de titanes, que se adivina á través de las brumas y penumbras de su protohistoria, irradiaría dominadora por todos los ámbitos de la Carpetania.

De desear es que Comisiones de arqueólogos con recursos pecuniarios y demás elementos necesarios procedieran, con protección oficial, á hacer exploraciones y estudios profundos sobre los restos y ruinas dudosas, para determinar de una manera indubitable lo que fué Toledo antes de la venida de los romanos y disipar las sombras en que está envuelta su primitiva historia.

No se me tenga por aventurado ni temerario en este obscuro estudio. Yo nada niego ni afirmo, sino que *sospecho y vislumbro* la existencia de una Toledo ciclópea en presencia de esas discutibles reliquias que dejo consignadas.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO,
Correspondiente.

---

(1) *Toletum ibi parva urbs erat, sed loco munita: eam cum oppugnaret* (M. Fulvius), *vettonum magnus exercitus toletanis subsidio venit. Cum his, signis collatis, prospere pugnavit; et fusis vettonibus, operibus Toletum cepit*, Tito Livio, dec. IV, lib. V.